

## Rousseau, juez de Jean-Jacques. Diálogos

JEAN JACQUES ROUSSEAU (2015). Traducción y notas de Manuel Arranz.  
Valencia, Pre-textos, 480 páginas.



Alejandro Martín Gómez

Universidad de Buenos Aires, Argentina

La obra *Rousseau, juez de Jean Jacques. Diálogos* llega por primera vez al castellano gracias a la traducción de Manuel Arranz. La misma forma un conjunto de textos dentro del corpus roussoniano con las *Ensoñaciones de un paseante solitario* y las *Confesiones*. Estos son los principales escritos autobiográficos del autor. Puede resultar importante recordar que las *Ensoñaciones* versan sobre un idilio entre Rousseau y la naturaleza, y que las *Confesiones* narran la propia vida del escritor desde la infancia hasta la condena de su *Emilio*. A partir de su obra educativa, o quizás desde antes, señala Rousseau que comienza un complot universal iniciado por algunos antiguos amigos y por los poderosos de Francia, y este es el que dará motivo a los *Diálogos*.

Puede plantearse el interrogante, al acercarse a este grupo de textos autobiográficos, si acaso descubre el ginebrino al escribir *Emilio* y *Sofía o los solitarios*, novela epistolar inconclusa, que el Yo podía liberarse del personaje y justificar la existencia de otra subjetividad, otro Yo: Jean-Jacques Rousseau. En todo caso, comienza la edificación de un nuevo personaje, quizás más íntimo o quizás intento de un reflejo más transparente del Yo-escritor. Desde el final de las *Confesiones*, Rousseau se ve en la necesidad de responder ante el plan universal urdido desde las sombras en su contra. A partir de 1772, y hasta finales de 1775 escribe su defensa, un encomio que se abre y se encierra en la búsqueda de algún posible argumento en contra de sí mismo, sea de su obra o de su persona, pero que al no poder encontrar algo sólido que lo inculpe, se diluye entre sus ensoñaciones.

La obra está dividida en cinco secciones a las cuales se antepone un breve *Prólogo* de Javier Gomá Lanzón, el cual ubica perfectamente la obra dentro de la producción roussoniana y que se complementa con una *Nota a la presente edición de los diálogos de Rousseau*. También cabe destacar que podemos encontrar una más que interesante *Advertencia preliminar* del autor que invita a suspender el juicio hasta que no se lea la obra en su totalidad.

El núcleo central del texto está conformado por los diálogos entre el Francés, fiscal de Jean Jacques, y

por el otro lado, Rousseau, la defensa, fiel admirador de la obra y quien no cree en las acusaciones que caen ni ante el hombre ni ante la producción de J. J. Antecede a ellos una primera parte, *Del tema y de la forma de este escrito* que puede entenderse como la justificación de los *Diálogos*. Ante la maniobra de todo París, Francia y la propia Europa se advierte que el complot es un ataque silencioso, por ello, las conjeturas fluyen, para aunque sea intentar encontrar alguna verdad en las acusaciones, sin embargo las mismas se descartan ante el propio peso de lo absurdo. Aun así, para no correr hacia los molinos, se declara que se pronunciarán algunos argumentos posibles que utilizará la fiscalía para lograr su cometido, tales como el plagio, el no reconocimiento de escritos o la corrupción moral de la sociedad, para con ellos reducir al acusado a la inexistencia, para reducir a Jean-Jacques Rousseau a un J.J. recluso y alejado de todo el mundo.

Respecto a la forma, el diálogo, por su carácter agonístico, es la elegida para el proceso, tanto para la presentación de las pruebas como para los alegatos. Incluso se plantea un desafío: quien pueda acreditar razones más sólidas a las del Francés, puede reemplazar al fiscal en su posición. Pero, acaso quién podrá encontrar mejores razones que el propio acusado buscando sincera y racionalmente en toda su vida y su obra, si es que en este caso es posible la escisión.

En el primer diálogo, titulado: *Del sistema de conducta para con J.J. adoptado por la administración, con la aprobación del público*; el Francés pasa a presentar las supuestas pruebas en contra de J.J. y a las que la defensa irá contestando, y a la vez desechando por absurdas o por infundadas. El acusador, quien confiesa no conocer ni al hombre ni haber leído a la obra, confía solo en las palabras de los iniciadores de la maniobra: los señores. A su vez, se puede remarcar que ellos son un gran vacío en el texto, son quienes nunca aparecen más que como sombras que atormentan y que orquestan el plan conocido por todos, menos por J.J. hasta que se encuentre aturdido por el primer golpe. Ante la buena defensa de Rousseau, al finalizar el primer diálogo el Francés dirá: “Yo me

negué a leer sus libros; he cambiado de opinión, y con motivos. Vos dedicaos al hombre, yo leeré los libros; y después volveremos a vernos”.

Tanto Rousseau como el Francés completarán el cuadro, uno conocerá al hombre y el otro a la obra. En el segundo diálogo, *De la naturaleza de J.J. y de sus costumbres*; Rousseau se acerca a J.J. y confirma todas sus aseveraciones, encuentra a un Hombre transparente, un soñador y no a un misántropo, sino a un ser que disfruta tanto de la comunidad con la naturaleza como del placer de sus ensoñaciones. Sentencia Rousseau: “Los malvaos no están en los desiertos, están en el mundo”. También se encuentran en esta sección algunos nombres de viejos amigos como los de Hume o Diderot que parecen ser parte del plan en contra de J.J., aunque no se pueda confirmar.

Por el otro lado, en el diálogo *De la materia de sus libros y conclusión* es el Francés quien se acerca a la obra de Rousseau por primera vez, aunque también aclara que conoció al hombre durante un tiempo. El Francés confecciona una lista tomando de las obras de J.J. los comentarios que pudieron haberlo enfrentado con hombres y mujeres de su tiempo, y además provocado el complot universal. En estos pasajes encuentra el motivo por el cual se pudo haber ganado el odio de: las gentes de letras, los médicos, los reyes, los poderosos, los ricos; las mujeres, los ingleses, entre tantos otros. A esto Rousseau responde: “Él se esperaba la cruel venganza de todos aquellos a los que ofende la verdad, y así ha sido”. Al finalizar el diálogo, la unidad es restituida, aunque no para sus contemporáneos, se mantiene la esperanza en el futuro.

La quinta y última parte de la obra, *Historia del precedente escrito*, es un cierre que habla acerca de los acontecimientos en la vida del autor, del destino del texto y de las intenciones para con el mismo. Parecería que J.J. Rousseau no quiere dejar liberado nada al azar e incluso al terminar los diálogos intenta controlar el sentido de la obra a través de sus propios designios. Toda frontera parece difuminarse, en efecto, ¿cuál es el límite del autor?, no podemos más que plantearnos una y otra vez la misma pregunta: ¿Quién es Jean-Jacques Rousseau?

Vale la pena no dejar pasar las brillantes notas a pie de página. ¿Quién las realiza? ¿Jean Jacques o Rousseau? Magníficamente nos vemos arrastrados en cada detalle dentro del plan urdido por los señores. Son acaso datos biográficos en los cuales ya sea la realidad y la ficción o ya sea la realidad de la ficción y la ficción de la realidad se tensionan entre sí para

envenenarnos en la trama. Somos parte del complot o somos la voz de la Razón. ¿Es J.J. culpable o inocente?

Se podría percibir a la obra como un ejercicio de escritura dolorosa. Los *Diálogos* se retuercen, aplastan sus propias huellas, entran en los pasadizos ya explorados, se desparraman y con golpes enceguedores encuentran la ira y el dolor roussonianos que se transparenta en su escritura. Desnudo, el yo, nos muestra su pesar. Repugna el humillarse en una defensa sin sentido, ante una ignominia silenciosa, porque el ataque es fuerte, mas vacío. Es posible seguir el vaivén de la pluma, la escritura lacunaria que solo se alza cuando las fuerzas acompañan, pero que el sin sentido absorbe rauda y velozmente. Lo que se repite una y otra vez, machacado, el tiempo y las energías impiden borrarlo, como una Hidra infinita, que aparece para devorarse en la oscuridad de la inexistencia a la pluma ya ahogada en el asco y la congoja. Más aun, el propio ejercicio de la defensa es doloroso. Cómo elogiarse sin caer en el fondo de la laguna. Qué palabras usar sin hundirse en la banalidad. No sin dificultades, se confiesa una vez más, el escritor llega hasta los límites de la modestia, y si se transgrede aquellos, es por no encontrar una mejor forma del cuidado de sí mismo. Expuestas las pruebas, el material crudo llega al lector casi sin correcciones, quizás algunas tachaduras violentas, quizás algún fuego devorador. Las fuerzas abandonan y los argumentos son definitorios. Los *Diálogos* ya están en las manos de otro juez. El escritor está convencido de que cualquier otra mente despierta no puede llegar sino a la misma sentencia que aquel: libérese de toda culpa y cargo al acusado.

A lo largo de los *Diálogos* el Francés conocerá al hombre y a la obra, a los cuales ignoraba, ya que juzgaba tanto sobre el individuo como sobre su producción sin mediar ninguna reflexión. No basta con aproximarse al hombre ni con leer los escritos, la unidad del Yo debe ser restituida, solo una visión completa y racional pueden devolver lo que injustamente se hurtó en un plan sigiloso. Es necesaria la unidad para absolver al acusado. El lector está invitado a tomar el puesto del testigo, pero no será quién juzgue sino hasta el final. No se trata de la presentación de los cargos y del alegato de la defensa, sino que la jueza es la Razón, única capaz de iluminar la crueldad de los actos que acecharon desde las sombras a J.J.

Rousseau, quien portando la voz de la verdad es aquel que puede demostrar la inocencia ante las infinitas y oscuras acusaciones llevadas a cabo por los conspiradores. Rousseau y el Francés completan la unidad entre J.J. y la obra. No basta con leer todos

los libros, sino que se debe conocer la intimidad que obstaculiza y que Rousseau trata de transparentar, en efecto, la unidad del Yo que ha estado siempre junto a su obra. Un Yo que se dispersa en cada libro, pero que existe como unidad y que da sentido a las obras y al proyecto. Aquí no es la crítica quien busca la unidad, sino el autor quien la proclama para sí. Si Rousseau está en lo correcto y J.J. es absuelto por el tribunal de la Razón, si logra demostrarle al Francés, ser racional pero oscurecido por las mentiras, que sus ataques son infundados, entonces podemos colocarnos nosotros en el lugar del Juez, ya que este espacio es el de la Razón, como así también el del Yo racional, y por lo tanto, todo aquel que en pleno uso de sus facultades juzgue a J.J., debe abandonar todo complot y debe absolver al acusado. Existe una confianza en que cada lector se puede establecer como juez, ya que el Yo del lector formará parte de la Voluntad General y absolverá al difamado. Tanto sean

sus contemporáneos como cualquier otro que decida juzgar a Jean-Jacques. No se llegan a las puertas de Dite, sino que las esperanzas están puestas en la luz de la humanidad y también en que cada juez o jueza absolverá al acusado al finalizar la defensa.

El libro resulta valioso para todo aquel que quiera profundizar en la obra de Jean-Jacques Rousseau, pero también para aquel que quiera conocer al hombre y sus tormentos en una época de su vida en donde todo parecía estar en su contra. Un brillante ejercicio de diálogo interior con los miedos y los ataques ocultos, un Yo que se fragmenta pero que sale a la búsqueda de la unidad. La pasión gobierna el texto mas siempre se pide a la Razón que sea la jueza en este litigio. Una escritura dispersa que se ensancha en la profundidad del tiempo. Un aporte notable que nos acerca esta única traducción. Un paso más cerca de la obra, un paso más cerca del hombre.